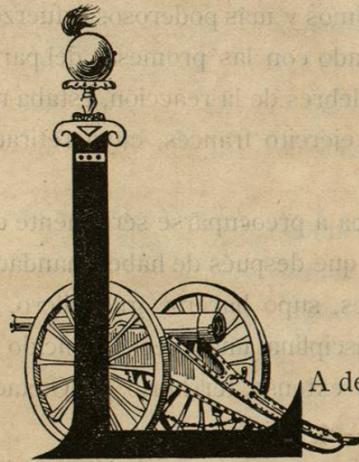




116 de Octubre de 1866  
Г. В. ГАБОНОВ

## CAPITULO XVI.

El General Díaz avanza sobre Oaxaca.—El ejército republicano ocupa la ciudad, y los imperialistas se concentran en Santo Domingo, el Cármen y el fuerte de la Soledad.—Parte de México una columna austriaca en auxilio de Oronoz.—El General Díaz levanta el sitio, y marcha á su encuentro.—Batalla de la Carbonera.



A derrota del 3 de Octubre de 1866, sufrida por el Jefe imperialista Carlos Oronoz en Miahuatlan, había obligado á éste á replegarse á Oaxaca, y á abandonar la parte baja de la ciudad, concentrando el resto de sus fuerzas y las tropas que violentamente reclutó en Santo Domingo, el Cármen y el Cerro de la Soledad, llamado despues el fuerte de Zaragoza.

El General Porfirio Díaz, permaneció en Miahuatlan dos días, reorganizando sus pequeños batallones que habían quedado destrozados en aquella espléndida pero muy cara victoria, con que el héroe republicano había reivindicado el triste aniversario de la expedición de la sangrienta ley de 3 de Octubre.

Refundió los prisioneros de clase de tropa en la suya, y cambió gran parte del armamento de ésta, que era malo, con el que había quitado al enemigo, reparando sus municiones y estableciendo un Hospital para los numerosos heridos que hubo en aquella acción.

Solamente los imperialistas habían dejado tendidos en el campo ochenta heridos, que el General Díaz mandó recoger por su improvisada ambulancia.

El 6 de Octubre marchó el General con su División sobre Oaxaca estableciendo, luego que llegó á ésta, un cerco que tenía que ser débil, por la falta de artillería, pero que redujo á los sitiados á permanecer dentro de sus posiciones por el empuje de los republicanos.

Sin embargo, los imperialistas tenían aún alguna esperanza en su triunfo, aguardando que vendría de México alguna fuerza en su auxilio.

En efecto, el imperio hacía sus últimos y más poderosos esfuerzos para conservarse. Maximiliano, fascinado con las promesas del partido conservador y de los Jefes más célebres de la reacción, estaba resuelto á continuar la lucha, aún sin el ejército francés, cuya retirada era segura.

El gobierno imperialista comenzaba á preocuparse seriamente de Porfirio Díaz, de aquel audaz patricio, que después de haber mandado durante muchos años tropas regulares, supo hacerse guerrillero, y con masas de gente sin armas y sin disciplina, unas veces vencido y otras vencedor, fué ocupando todo el extenso territorio de Oaxaca hasta asediar esta ciudad.

Creyeron por lo tanto los imperialistas que era preciso batir á los republicanos de Oaxaca y salvar á Oronoz, que estaba seriamente amenazado y debía sucumbir. E hicieron marchar violentamente de México una columna de 1,500 hombres de las tres armas, compuesta en su mayor parte de austriacos. Esta noticia, á la vez que alentó á las fuerzas imperiales, puso en una situación verdaderamente difícil al General Díaz, porque si llegaba á aproximarse aquel poderoso refuerzo, las tropas republicanas, tan mal é incompletamente armadas, tan escasamente municionadas y tan imperfectamente organizadas, indudablemente serían vencidas, ó se verían en la necesidad de retirarse.

Y en uno ú otro caso se perdían las conquistas con tanto sacrificio alcanzadas, y se retardaría por un tiempo indefinido el triunfo de la República.

Levantar el sitio ante la imposibilidad de ocupar las posiciones enemigas no cabía en el carácter enérgico del General Díaz, á quien las dificultades no eran mas que un estímulo más para su génio. Los grandes corazones se templan ante el peligro, y sobreponiéndose á él lo superan y lo vencen.

Porfirio Díaz concibió en el acto un plan audacísimo, como sólo él sabía idearlos y sobre todo ejecutarlos: vamos á seguir uno á uno sus movimientos, con la rapidéz con que los hizo.

Simultáneamente casi supo el General Díaz que el auxilio austriaco avanzaba por el camino de las Mixtecas, á la vez que por el de la Cañada venía el General republicano Figueroa con la Brigada de su mando, que había sido llamado para que se incorporara al Cuartel general.

Era pues de temerse que estas dos fuerzas marchando en las dos líneas de un ángulo se encontraran, y que la republicana fuese batida en detall.

Las tropas que mandaba el General Figueroa no sólo eran inferiores en número á la columna austriaca, sino que estaban muy mal armadas, tenían poca disciplina y ningun uniforme. Eran los pueblos de indígenas levantados á la voz del patriotismo contra el extranjero, y que marchaban armados muchos de ellos sólo con gruesos bastones de viaje.

Aquel incidente venía á complicar mucho más la situación del Ejército republicano, porque si Figueroa sufría una derrota, semejante pérdida influiría en la moral de toda la división, á la vez que los imperialistas de Oaxaca, con tan importante refuerzo de tropas extranjeras, podían tomar ya ventajosamente la iniciativa.

Pero en el mismo peligro encontró el General Porfirio Díaz la idea salvadora que debía darle el más brillante de sus triunfos.

Reuniendo Porfirio á todos sus Jefes, les dió la orden de que prepararan sus tropas para dar un asalto decisivo al fuerte de la Soledad.

Mandó concentrar las fuerzas distribuídas en toda la línea ocupa-

da, preparar las escalas que servían para el alumbrado de la ciudad, y aproximarlas al acantilado del cerro, y encargó, sobre todo, una profunda reserva acerca del ataque que iba á darse.

Porfirio, tan profundo conocedor del corazón humano, sabía que la mejor manera de hacer propalar una noticia es darla bajo la condición del secreto.

En efecto, á las pocas horas se supo en todo el campamento que iba á asaltarse el cerro de la Soledad, que dominaba los demás puntos ocupados por los imperialistas.

Y éstos pronto comprendieron lo que se preparaba y se encerraron en sus posiciones, acopiando todos los medios posibles para su defensa.

Ya algo entrada la noche, los Jefes de las líneas se presentaron al General en Jefe para tomar órdenes. Entre aquellos iba Félix Díaz, el valiente hermano de Porfirio, tan sereno en el combate, tan subordinado á aquél y tan cobardemente asesinado despues.

Preguntó Porfirio á su hermano si ya había retirado todos los soldados que tenía á sus órdenes. Félix le contestó que todos, ménos unos pocos que había dejado esparcidos en las manzanas que con tanto esfuerzo y tanto trabajo habían conquistado, que no quería abandonar, y que desde las troneras de las casas podían tirotear al enemigo y ocuparlo durante el asalto de la Soledad.

El General Díaz entonces le previno, sin más explicación, que recogiera también aquellos tiradores y los uniera á su cuerpo. Félix Díaz comprendió que se trataba de algun plan más audaz que un asalto, y obedeciendo sin observación alguna, personalmente fué á hacer la operación que se le ordenaba.

Cuando todas las tropas estaban formadas, en medio de la oscuridad más profunda, Porfirio dió la orden de marcha, y en un silencio tan absoluto que no lo sintieron los sitiados la División se alejó de la ciudad, caminando toda la noche, en marcha acelerada.

Estos sucesos tenían lugar la noche del 16 de Octubre y el día 17 llegaba el General Díaz con su División á San Juan del Estado, á donde se le unió Figueroa.

Entre tanto los sitiados, durante las primeras horas de la mañana,

ignoraron el alejamiento de los republicanos, manteniéndose encerrados en sus posiciones y aguardando de un momento á otro ser atacados. Pero se animó al fin Oronoz á hacer un reconocimiento, y no sintiendo al enemigo, sin atreverse á abandonar sus fuertes por temor á una celada, se preparó para hacer una salida.

Pero también este movimiento lo previó el General Díaz, y después de haber dejado reunidas sus infanterías y la artillería, con lo cual estaba seguro de que no sufriría ataque alguno la fuerza de Figueroa, tomó la caballería y, sin proporcionarse un sólo instante de descanso, se lanzó de nuevo al rumbo de Oaxaca, llegando en la tarde á la Hacienda Blanca, en donde hizo alto.

Pertenecía esta finca de campo al Prefecto Superior Político, que era uno de los conservadores más entusiastas por el imperio: y el administrador de la Hacienda se ocultó al llegar los republicanos; Porfirio dió orden de que buscaran á aquél empleado y que lo pasaran por las armas. Pero aquella orden era simulada, pues lo que deseaba el General era que los empleados de la Hacienda llegaran aterrorizados á Oaxaca, y contaran que allí estaba con toda su fuerza.

Este plan surtió admirablemente. Oronoz, que por algunas horas había creído que los sitiadores se habían retirado, al tener la evidencia de que el General Díaz estaba en la Blanca temió una sorpresa, y con ese pavor de lo desconocido se encerró de nuevo en sus posiciones, permaneciendo alerta pero inmóvil.

El valiente caudillo republicano apenas concedió á sus soldados algunas horas de descanso, mientras tomaba pienso la caballada. Y á las primas horas de la noche marchó para Etna, de donde salió á la una de la mañana del día 18, tomando el camino de Huahuchilla por la Carbonera, vía que segun los exploradores traía el enemigo.

Ya en aquella marcha se había unido á todo el resto de la fuerza. A las doce del mismo día 18, tanto los exploradores que había mandado el General Díaz á que llegaran hasta el enemigo, como los de su descubierta le anunciaron que los austriacos estaban al frente.

El General Díaz mandó hacer alto, y escogiendo las posiciones en donde quería dar el combate, ocupó las lomas de la Carbonera.

Un silencio profundo reinaba en toda la línea: los valientes solda